

PERSONA Y METAFÍSICA EN MARÍA ZAMBRANO

PERSON AND METHAPHISICS IN MARIA ZAMBRANO.

JUANA SÁNCHEZ-GEY VENEGAS *

Resumen: Expondremos las últimas obras de María Zambrano centrándonos en su idea de persona. Veremos que se interesa por explicar el alma humana, el mundo y el absoluto, mediante una filosofía sapiencial y desveladora del ser en sus manifestaciones.

Palabras clave: filosofía sapiencial, persona, alma humana, mundo, absoluto.

Abstract: We will present the later works by María Zambrano, discussing mainly her idea of person. We will see her interest to explain the human soul, the world and the absolute, by means of a sapiencial philosophy, which uncovers the being in its manifestations.

Key words: sapiencial philosophy person, human soul, world, absolute.

Recibido: 14-07-2014

Aceptado: 09-12-2014

En este escrito nos vamos a referir a las últimas publicaciones de María Zambrano para exponer su concepción de este período acerca de la persona, que está imbuida en un pensamiento claramente metafísico: *De la Aurora* (1986), *Notas de un método* (1989) y *Los bienaventurados* (1990), aunque la mayoría de los artículos que componen estos libros se escribieron a finales de los sesenta y en la década de los años setenta. Estas obras constituyen tres pilares básicos de su reflexión, pues la primera atiende al sujeto en su realidad más íntima, dado el carácter propio de la antropología de rasgo agustiniana, que Zambrano concibe; la segunda es la más objetiva, pues expone su mirada al universo, aunque basada siempre en

* Universidad Autónoma de Madrid. E-mail: juana.sanchez-gey@uam.es.

la mirada humana, por tanto una filosofía de la ciencia claramente antropológica, y la tercera, que se centra en el ámbito más trascendente, trata el tema del *absoluto* sin dejar de concebirlo como una relación religante, diría Zubiri, entre el hombre y Dios o el hombre y lo divino, como dirá la autora. A nadie se le oculta que estos tres temas: hombre, mundo y Dios son los grandes temas metafísicos que recorren toda la historia de la filosofía y están explícitos en su obra¹. La obra última de Zambrano se sitúa específicamente en la metafísica y tiene como eje central la persona humana.

1. Sobre la persona y la subjetividad

De la Aurora cierra aquella primera reflexión de *Hacia un saber sobre el alma*, que son escritos de la década de los treinta, pues también consiste en un tratado sobre el alma humana. La aurora es la luz difusa que precede a la salida del sol, por tanto es la búsqueda de la luz solar, metáfora del alma, que conocemos pues es lo más hondo y propio del ser humano, pero no con total claridad. Porque el alma es racional, aunque no es solo razón, y conviene desentrañarla. El alma es razón y sentir, y esta unidad es el fundamento de la razón poética, por eso: “Así que la Aurora, al serlo de la razón, y del ser y de algo no habido y sin nombre, y del sentir y los sentires, es ante todo llanto, ese llanto en que la Aurora se manifiesta”². Así que el alma es lo más cercano al ser humano, le habla, se oye su rumor, pero al mismo tiempo hay que descifrar su lenguaje. Pues por una parte es fuente de anhelos y sueños insaciables, que la mantiene siempre viva, pero, al mismo tiempo, le ocurre que a veces se duerme y no se le oye.

No obstante, la aurora es guía, horizonte de un conocimiento más amplio que el filosófico propiamente, ya que Zambrano distingue con claridad la sabiduría y el conocimiento. La sabiduría toca al sujeto humano y lo atrapa, le abre a realidades que el sujeto percibe en su interior y no conoce con los sentidos externos: “La vida de los sentidos se ha ido reduciendo a medida que la razón occidental se yergue [...]. Los sentidos están siendo enmascarados bajo los datos de una abreviada matemática”³. Sin embargo, el conocimiento se remite a una función: conceptúa, intelectualiza o logifica.

A Zambrano le interesa especialmente exponer la raíz de lo humano y esta se encuentra en el sentir originario, ahí donde la razón, sin dejar

¹ VV.AA., *María Zambrano o la metafísica recuperada*, Universidad de Málaga, 1982.

² M. ZAMBRANO, *De la Aurora*, Turner, Madrid 1986, p. 18.

³ *Ibid.*, p. 27.

de ser razón, se hace razón poética. “Así la aurora se nos aparece como la *fysis* misma de la razón poética”⁴. La aurora es el carácter ontológico del ser humano, el interior por eso dice que “conocerse es trascenderse”, porque apela a la vida interior, y el ser humano no puede vivir sin este encuentro con su propio interior. Si no vive así, entonces se enajena. La sabiduría está impregnada de contemplación de sí mismo, pues la aurora da paso al alba, que llega y anticipa la realidad mediante la revelación a aquel que, en silencio, espera este acontecimiento.

Ortega quiso escribir un libro cuyo título sería sobre *La Aurora de la razón histórica* y Nietzsche, según Zambrano, es un filósofo auroral, porque entendía que la filosofía es transformación. Zambrano cree que el ser humano es acontecimiento, o como diría Ortega energía o dinámica, nunca un ser estático ni cerrado sobre sí mismo. El acontecimiento es esa anticipación que se le revela al ser humano y le hace ser misterio, sorpresa, y nunca algo que se pueda solo medir o manipular, si el ser humano sabe resistirse. El acontecimiento revela algo del sentir originario. Perder este sentir originario, que es comparable a la inocencia, es el origen de la enajenación. Con la aurora llega también la palabra, una palabra sustantiva que germina gracias a la noche de los sentidos.

La aurora es el lugar de la revelación, expresión del sentir originario, espacio propio de la palabra. Esta es la ontología de María Zambrano que no tiene que ver con los *pragmata* sino con los *onta*, es decir, no con las cosas sino con el ser. Un ser que acontece, se anticipa y hay que comprender. La revelación no tiene un sentido dogmático, sino que es la fuente del sentir originario. Como la guía, también la revelación es fuente del conocimiento. De un conocimiento que es presencia, atención, porque dirá Zambrano: “que una nueva metafísica es necesaria” y lo será mediante una nueva razón que atienda a la verdad en su integridad, que busque conocer el alma humana.

Pocos filósofos hablan de revelación ni del sentir originario, para Zambrano, sin embargo, constituye el núcleo de su pensamiento metafísico. Porque en el origen de la creación está la palabra, garantía de la trascendencia, antes que el lenguaje. Pues el lenguaje es posterior, tiene que ver con las circunstancias espaciotemporales. Y la presencia de la palabra es una revelación, la palabra crea ámbitos humanos y abarca toda obra humana. Ascética y mística han de ir unidas, según Zambrano, como el espíritu y el alma. Se dice revelación porque es suma trascen-

⁴ *Ibid.*, p. 30.

dencia, porque obliga al ser humano a completarse y preguntarse por el sentido de su vida.

Así el tratado ontológico del alma humana, dice Zambrano, tiene que ver con la trascendencia que es hija de la revelación, que es sabiduría y más que conocimiento, es mística porque es unión de espíritu y de alma, es palabra que humaniza y se expresa en la unidad.

2. Sobre el conocimiento del mundo

En *Notas de un método* se expone el pensamiento más sistemático de Zambrano, pues al tratar del método pone las bases a su concepción de la filosofía y a la exposición de los principios filosóficos. Uno de estos principios es el valor que concede a la experiencia, entiende la filosofía como saber de experiencia, que busca la unidad “cada vez más íntima de vida y pensamiento”⁵. Esta unidad –insiste– se encuentra en la revelación, que logra alcanzar aquel que está atento a las relaciones que afloran o se revelan a la consciencia permitiendo desentrañar la experiencia concreta y acogerla en su plenitud. Ir más allá (trascendencia) significa al mismo tiempo ahondar en el más acá. La creatividad está en el fondo de esa consciencia y ha de irse revelando: “La experiencia precede a todo método. Se podría decir que la experiencia es ‘a priori’ y el método ‘a posteriori’. Mas [...] la experiencia no puede darse sin la intervención de una especie de método”⁶.

Zambrano llama transparencia a la percepción de esa experiencia creadora que explica lo concreto y lo trasciende, porque apunta a la comprensión de la condición humana, que es conocimiento permanente, pues señala a una realidad universal, y al mismo tiempo es también concreta, ya que alude a cada ser humano de forma inmediata. Conocer este fondo es alcanzar la autenticidad, como Ortega lo denominaba, la cual surge de la situación humana de “naufragio”, por la cual el ser humano busca desesperadamente pensar y orientarse a fin de salir a flote. Zambrano también conoce esta condición, pero la orientación de la filosofía y sus metáforas difieren. Llama al hombre “ser sumergido”, porque reconociendo las circunstancias adversas, sin embargo ansía la revelación, que es el paso de la opacidad a la trascendencia. Este “ser sumergido” necesita la relación con otro, para que se le revele su propio ser. El pensarse es condición exigitiva del método, que penetra la realidad y su propia realidad personal y busca desentrañarla en autenticidad.

⁵ M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, Mondadori, Madrid, 1989, p. 19.

⁶ *Ibid.*, p. 18.

Zambrano desea que este método explique pensamiento y vida. Rechaza algunos momentos históricos en los que el “método” se anquilosó en una “forma mentis”, que solo admite lo evidente por los sentidos y deja de lado el vivir humano, que no es medible ni se puede captar ni por los sentidos ni por la sola razón. La experiencia humana requiere pensarse, pero no mediante conceptos estáticos ni rígidos, que no penetran la vida y dejan que el pensamiento vaya por un camino y la vida por otro. “Una metafísica experimental, que sin pretensiones de totalidad haga posible la experiencia humana, ha de estar al nacer”⁷.

En efecto, desde el comienzo de su obra se ha interesado por la metafísica. Sus primeros artículos en torno a la política ahondan la condición humana, en busca de una razón poética, que va perfilando seguidamente, razón y sentir, que no se encierra en “el ser que reposa sobre sí mismo” de Parménides, sino que busca en el desarrollo de esta vivencia el sentido, la verdad que explique la plenitud de la experiencia. Zambrano defiende la revelación porque huye del naturalismo, que poco puede desentrañar la condición humana, porque el ser humano no es solo ser ni tampoco *fisis*. El recorrido de su pensamiento va adentrándose en la profundidad del hombre, del mundo y de Dios. Por ello, *Notas de un método* es una obra central sobre la realidad y sus fundamentos.

Los caminos son varios: el del deseo que es un poco sinuoso; el que surge de la voluntad que es más llano y, finalmente, el escondido que solo un guía puede ayudar a descubrir. El guía –en muchas ocasiones– no explica, sino que muestra el saber, de este modo, aprender consiste en salir de sí para despertar y dejarse enseñar por la revelación de esta verdad, que el guía muestra.

Por todo ello, el ser humano es imprevisible. Quiere decir que comprenderlo en su totalidad consiste en tener en cuenta lo real y su proyección, pues es preciso comprender los anhelos que van más allá de lo tangible. En la vida humana se dan coordenadas importantes, que surgen de la discontinuidad y de la separación, como son: el tiempo y el espacio. Así que componer estas fragilidades exige tener en cuenta la esperanza, que es el verdadero “a priori” de la vida humana. “[...] La esperanza es el vacío activo de un ser insuficiente para sí mismo, de un ser que no es todavía. De un ser que no se es, de un ser sin entera, cumplida unidad, y que en ciertas etapas ni tan siquiera se le presenta”⁸.

⁷ *Ibid.*, p. 26.

⁸ *Ibid.*, p. 37.

La esperanza no solo es medio o base del futuro, sino que hace pre-sigiar el horizonte. En toda filosofía en la que se da la visión de horizonte hay percepción metafísica: “El horizonte se constituye en un ‘más allá’ y...nace el camino”⁹. Pero dice Zambrano que “el horizonte y el centro se excluyen”, cuando la pérdida del centro se consume, entonces queda el horizonte como una presencia que no se alcanza. La esperanza está para ayudar a alcanzar ese ser, que no se ve, pero existe. El ser humano, no solo está en marcha, no solo es búsqueda para lograr realizarse, sino que constitutivamente es más que lo tangible, más de lo que hace. La esperanza le abre a horizontes siempre nuevos. Esta es su condición mística, de aquí de este más al que el hombre aspira se deriva el conocimiento y el obrar. Por eso lo llama un ser imprevisible¹⁰.

María Zambrano muestra la trascendencia a través de la esperanza, como estructura constitutiva del alma humana. La esperanza que le alza siempre del fracaso y de la pena. La esperanza que es razón ética y creadora. Y que también se constituye en fuente de toda convivencia, porque tiene como motivación la posibilidad de la utopía. Por ello le preocupa apuntalar bien la realidad de la persona humana. Pues aunque se ha dicho, y así es, que Zambrano no pertenece al personalismo, sin embargo el eje de sus escritos es la persona. Y la persona solo puede ser comprendida desde la trascendencia. Zambrano parte de la experiencia para descubrir la condición humana, la cual no debe cerrarse sobre sí misma, sino que se abre a este horizonte trascendente mediante la esperanza.

Esta trascendencia supone también la búsqueda de la verdad, motivo central de la filosofía zambraniana, “Pero la verdad se ha dado antes que la razón”¹¹, por ello la filosofía debe buscar ese origen para que la verdad manifieste la revelación: “Hay sueños ‘monooidéticos’ que abren las puertas del sentir originario y de la verdad”¹². Distingue entre sueños trascendentes y sueños psíquicos; entre espíritu y alma; entre revelación y pseudo-revelación. La motivación que propone es la unidad de la filosofía, la poesía y la religión, incluso de la filosofía, la poesía y la mística, pues la unidad acoge al ser humano en su totalidad. Zambrano alude a arquetipos humanos, a creaciones literarias como la de Edipo, para hacer comprender este método y su motivación, pues la tragedia de Edipo nace del destino que cae sobre él sin posibilidad alguna de salvación,

⁹ *Ibíd.*, p. 37.

¹⁰ Fernando Rielo define al hombre como ser+. F. RIELO, *Mis meditaciones desde el modelo genético*, Fundación Fernando Rielo Madrid 2001, p. 103.

¹¹ M. ZAMBRANO, *Notas de un método*, cit., p. 55.

¹² *Ibíd.*, p. 56.

mientras que Zambrano propone que “un instante de amor” conduce a la trascendencia y permite recuperar la unidad escindida del ser humano.

Verdad, esperanza y amor son estructuras constitutivas del ser humano, y el amor es el centro que trasciende la condición finita humana. Si la persona se cierra, entonces se convierte en un personaje. Zambrano, de nuevo, alude a sus arquetipos literarios, como el Quijote, el cual alcanza la inocencia cuando afirma de sí “Yo se quién soy”, que es lo contrario a la máscara. La consciencia es sinónimo de libertad, una libertad propia del que vive la entrega de sí mediante el amor; que es relación con el otro motivada por el bien. De ahí que diga “nadie va solo”. Así Zambrano habla de apertura y nunca de cerrazón, habla de amor y de compartir, porque salir de sí para encontrarse con el otro, es energía del espíritu humano, y constituye su esencia más íntima: “el éxtasis es necesario para toda criatura viviente”¹³.

De nuevo, el sentir originario como fundamento de ser y de vivir, porque cuando el ser humano se aleja de este sentir deja de ser transparente y se opaca. La opacidad es ajena a la luz y a la inocencia, la opacidad está cerca de la violencia, que consiste en tener deseos de ejercer un dominio del ego sobre el otro. Mientras que la inocencia es transparencia, que convoca al otro, hace sentirse –además– aludido por el otro. Hablar del hombre supone referirse a la conciencia y a la memoria. Mas la memoria tiene que ver, como la esperanza, con el tiempo. Si la conciencia es carácter esencial del hombre, “el amor es el que motiva esa esencia”. Esta es la trascendencia: “La vida es tránsito. Hay que lograr que en este ser llamado humano, dotado de pensamiento, el transitar sea trascender, es decir, sea creador, creador de un tiempo nuevo”¹⁴.

Zambrano va desvelando los diferentes estados de la conciencia como son el asombro y lo sagrado. El asombro es propio de la condición humana, puesto que en los animales no lo hay, solo el hombre duda y se pregunta acerca de sí. Y en ese interiorizarse se le desvela lo sagrado, lo sagrado se presenta ante su mente como aquello que, en modo alguno, puede deberse a su propia construcción. Lo sagrado se aparece al ser humano como algo insólito e inabarcable. Entonces conviene distinguir entre la sabiduría y el conocimiento, como la distinción existente también entre lo sagrado y lo divino. El conocimiento es propio de lo sagrado, pues la realidad deja al ser humano en el asombro, pero hay algo más, esto es lo divino y este aparecer deja un sabor acerca de la sabiduría.

¹³ *Ibíd.*, p. 63.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 97.

Pues esta filosofía sapiencial que expone es más que el conocimiento racional y discursivo.

El conocimiento es un logro, como dijera de la filosofía, mientras que la sabiduría es don o es fruto, y ello se acerca más a la concepción zambraniana de la poesía. Incluso da a la sabiduría las mismas adjetivaciones que definen a la razón poética: “La sabiduría es riqueza, y es ancha, inmensa”¹⁵. La diferencia significativa estriba en el método. No existe método para el saber, porque es don que se acumula en la experiencia de vida, es aquello que se aprende –como Platón dijera– en diálogo consigo mismo, en y desde el fondo del alma. Es la pregunta que el ser humano se hace ante sí mismo y que se refiere a todo, también es la pregunta por sí mismo. Este es el sentir originario: base y fundamento de la realidad. Aparece siempre como algo más, lo que está cerca de lo humano y humaniza, pero que el ser humano no puede atraparlo ni manipularlo, pues “lo divino... es el núcleo de lo que se llama Dios”¹⁶.

Sin embargo, el conocimiento se logra por acumulación y renuncia a la ignorancia. La ciencia conceptúa, clasifica, la ciencia recoge lo que la mirada filosófica despeja. “Mientras que la filosofía ha quedado ahora en pura mirada. Mirada nacida de un sentir originario”¹⁷. Este sentir o fondo del alma, es lo divino que se alcanza mediante la sabiduría. Esa razón que es más que vital y más que viviente que es razón poética, es el “logos sumergido” que se impone ante la mirada humana y se revela: “El camino más adecuado, lo que el hombre necesita, es lugar que sea ‘otro’ pero del que se pueda salir para volverse a lo ‘mismo’. Cuando eso se verifica ya no se está propiamente en el mismo lugar; algo ha quedado prendido de otro lado, algo que no se podrá nunca rescatar”¹⁸.

En definitiva, *Notas de un método* es una obra metafísica en donde se trata el tema del absoluto (Dios), del sujeto (alma) y del mundo; este último se comprende cuando se llega al método con claridad, entonces se percibe tanto la distinción entre filosofía y ciencia como de la sabiduría y el conocimiento.

3. Sobre el absoluto

Los bienaventurados es una obra que se publica póstumamente, aunque sus artículos están escritos a finales de los años sesenta y en los se-

¹⁵ *Ibíd.*, p. 105.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 103.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 125.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 131.

tenta. El título está cargado de sentido sagrado y lo es. Zambrano ahonda en su reflexión sobre la persona y las distintas dimensiones humanas. Como ha dicho siempre, rechaza el idealismo y el positivismo, en orden a una filosofía que se haga cargo del ser personal. El título de la obra acoge a un modo de ser la persona que, además, es el más elevado. La obra se sitúa frente al racionalismo moderno imperante en occidente, que agrava la condena acerca de la religión, y frente al sensualismo, que también rompe la unidad del conocimiento. En la introducción, Zambrano se refiere al Maestro que descendió a la tierra “dándonos al par el absoluto y la relatividad pertinente”¹⁹.

Se propone, de nuevo, ahondar en la unidad del conocimiento y, claro está, se ciñe al sujeto que conoce y requiere simplicidad, pues solo esta podrá superar la abstracción que la complejidad lleva consigo y que impide conocer la vida en su inmediatez y acción. Este sujeto del conocimiento es el bienaventurado. Se trata de recrear esta dicha o estado de beatitud, que es satisfactorio porque conoce la realidad, sin excluir el dolor y los sentimientos que provocan en el vivir humano.

Como en cada una de sus obras, en esta se trata de profundizar y comprender la condición humana de manera íntegra, total y profunda. La filosofía, la religión y la mística en síntesis es el logro de la razón poética, que puede alcanzar la trascendencia sin alejarse de la experiencia vital y concreta. Para ello se acerca al realismo que defiende desde *Pensamiento y poesía en la vida española* en conciliación con su propia experiencia personal, y de este modo categoriza el exilio porque este constituye una ontología. El exilio es una revelación porque permite sacar a la luz las entrañas más íntimas, que suelen dejarse a un lado, si no se entra a conocer en profundidad el dolor; entonces, se llega a la persona y se comprende el humanismo más integrador: “La verdadera experiencia de la vida personal y de la historia no puede prescindir de esas fuentes”²⁰.

Vuelve sobre la definición de persona que, unamunianamente, señala como una razón que siente, que padece. “De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose”²¹. Y en ese *pathos* se le revela la realidad en su totalidad. Si la filosofía es descubrimiento de lo real, entonces Zambrano propone que el padecer conduce a la trascendencia, es decir, a través del dolor el ser humano conoce que el origen es la relación con el absoluto. Zambrano critica, como Ortega también había hecho, la filosofía claramente tautológica que mutila

¹⁹ M. ZAMBRANO, *Los bienaventurados*, Siruela, Madrid 1990, p. 14.

²⁰ *Ibíd.*, p. 30.

²¹ *Ibíd.*, p. 37.

y malinterpreta la identidad. “Porque el hombre se padece a sí mismo y por lo que ve. Lo que ve le hiere, le puede herir aún prodigiosamente para que su ser se le abra y se le revele, para que vaya saliendo de la congénita oscuridad a la luz, esa que ya hirió sus ojos –heridas– cuando los abrió por primera vez, cuando salió de su sueño o vio su sueño”²².

El exilio permite aflorar el misterio de lo humano. Porque “el pasmos” y “el desvalimiento” obligan a acudir a lo importante dejando de lado lo superfluo. Y el exiliado ve el verdadero ser porque, a fuerza de padecer, de vislumbrar la ciudad que no habita desde el espacio en el que se encuentra, se desarrolla un ser que no es para sí mismo sino que es un ser en relación abierta con la realidad. “Sería, habría de ser la historia ante todo sufrida, padecida y pensada, más allá de todo utópico ensueño del hombre que no se sueña a sí mismo... el hombre en quien el ser verdadero es más que el ser”²³.

El bienaventurado, como el poeta, no busca el ser sino que lo siente de forma inmediata, como se siente el amor. María Zambrano resalta esta condición que junto a la del exiliado, vive como aquel que, abismado en su destierro y en su desamparo, “se abre a la inmensidad”²⁴. Zambrano reconoce que esta inmensidad tampoco es un abstracto, pues tiene un nombre: Padre. Desde los años cuarenta exalta la necesidad de tener padres y, por tanto, de la conciencia filial. Así lo escribe en la introducción a su obra *El pensamiento vivo de Séneca* (1944). “En el exilio verdadero pronto se abre la inmensidad que puede no ser notada al principio. Es lo que queda, en lo que se resuelve, si llega a suceder, el desamparo”²⁵.

Así, la persona posee los siguientes caracteres que le son propios: el padecer, la mediación y la desposesión. Mediante el padecer se llega a ver el horizonte en su sentido más elocuente. El ser humano se sitúa ante lo importante, ante el asombro. El horizonte solo es perceptible cuando se abandona lo superfluo y lo innecesario. El padecer comporta una interiorización, que es imprescindible para que aquel conocimiento crezca. El aprendizaje se hace desde dentro hacia afuera. Esto es lo que hay que potenciar. El horizonte aparece y despierta a la realidad, frente a otras adicciones o pasividades rutilantes. El horizonte se permite, según Zambrano, la firmeza de quien se retira. “[...] Y así el firmamento mismo se retira, desaparece su firmeza, su mediación. Pues que es la mediación la

²² *Ibíd.*, p. 30.

²³ *Ibíd.*, p. 35.

²⁴ *Ibíd.*, p. 38.

²⁵ *Idem.*

que hace sentir la presencia del Padre cuando se oculta y la que sostiene su presencia cuando se aparece”²⁶.

El exiliado ve no solo lo que sucede sino lo que podría suceder, porque ve en perspectiva y en profundidad... Y aún más, la desposesión del exiliado lleva a alcanzar la dimensión ética de la vida humana. No se puede pensar sin ética, no es posible la poesía sin pensar.

En *Los bienaventurados* se entiende muy bien la razón poética como razón unitiva; la unión se da tras una purificación. Y en esa purificación o desposesión que acompaña al exilio, en esa soledad intacta, se descubre que la esperanza es unión. La razón unitiva exige desprendimiento, pues en la vida –a menudo– “para ganar hay que perder”. La purificación es camino obligado en los místicos, puesto que ellos buscan el cambio o transformación de sus sentidos. Situarse ante la inmensidad supone contemplar el desierto, y Zambrano justamente desea esta contemplación e interiorización, a fin de poder escuchar y desentrañar cualquier espejismo. En esta vivencia aparece la esperanza, compañera asidua en el pensamiento de Zambrano. Y especialmente en este despojarse, en el reconocimiento de la libertad, comienza también la plenitud de la vivencia más humana que es, junto al amor, la libertad.

La aportación de la pensadora es que le sucede a la filosofía lo mismo que a la mística, porque “el místico ha de ser por fuerza filósofo o pensante”²⁷. Y añade: “La actitud filosófica es lo más parecido a un abandono, a la partida del hijo pródigo de la casa del Padre”²⁸. El porqué de este abandono se debe a que la dirección y el sentido de toda persona es la trascendencia. Trascendencia que se alcanza en la unidad de pensar y sentir. Por ello habla en *Los bienaventurados* de filosofía y mística. Para alcanzar la trascendencia es necesario el desprendimiento, lo cual siempre supone una vivencia mística. Para María Zambrano la filosofía es una preparación para la vida y piensa que en el transcurso de la vida hay momentos en los que se puede perder todo: favores, prestigios, privilegios, que podríamos haber pensado como propios. Si no sabemos o no hemos saboreado el desprendimiento, entonces difícilmente superaremos o sabríamos vivir la inmensidad de la vida en lo que tiene de dolor y de esperanza. Vivir es mucho más que sobrevivir.

Por eso habla de vacío y de angustia, como mediaciones que ayudan a alcanzar el ser persona, pues todo desarraigo permite la unidad. La

²⁶ *Idem.*

²⁷ *Ibíd.*, p. 77.

²⁸ *Ibíd.*, p. 84.

radicalidad de la filosofía exige abandono para remitir a lo importante. Y esto es la trascendencia. El saber que se busca, requiere, además, unidad de pensar y de sentir. Zambrano acoge esta sabiduría que tiene otra metodología, como hemos visto en *Notas de un método*, diferente al mero conocimiento. La sabiduría tiene como raíz la esperanza porque, según advierte, ninguna realidad es neutra. El ser humano anhela infinitamente²⁹. La fe es el argumento de las cosas que se esperan, corrobora Zambrano este sentir bíblico, por ello, la esperanza es forma que alienta el pensar y la vida, también es puente entre la pasividad y la acción, entre la indiferencia y la actualización, pues la vida humana no se sacia con el solo vivir, el ser del hombre exige la realización plena.

Conclusiones

En todas las obras señaladas se habla de la persona, del sentir originario, de la revelación, de la distancia entre sabiduría y conocimiento, y esta reflexión constituye un eje transversal del pensamiento. Así la ontología, la teoría del conocimiento y la filosofía de la religión son los temas centrales de estas publicaciones. Es cierto que estas reflexiones, profundamente ontológicas y personalistas, no hablan con lenguaje descriptivo, pero sí exponen la importancia que el ser humano y personal tiene en el pensamiento de Zambrano.

Pocos estudiosos se han detenido en la importancia que Zambrano concede a la persona, sin embargo observamos que ya en sus primeros escritos trata de la condición humana, y especialmente del alma. Algunos conocedores de su pensamiento han dicho que Zambrano recorre “los senderos olvidados de la filosofía”³⁰. Y el mismo Ortega le reclama, porque va “más allá” de lo que la razón vital estaba dispuesta a alcanzar. En *De la Aurora* expone el fondo del alma humana y la describe como acontecimiento, es decir, conocer que el ser humano es más que materia, aunque solo es posible conocerlo si busca lo más auténtico de la propia interioridad. Es el saber de las entrañas que se abre al sentir originario, que revela o va revelando la esencia de la condición humana. Esta obra se propone, mediante un lenguaje que expresa la unidad de la filosofía y la poesía, desentrañar el alma y alejarse de una filosofía fiscalista que se refiere a hechos o a cosas, tangibles y medibles. La aurora se abre a una luz más clara, aunque se sitúa en un desvelamiento que nos llega cercano, porque el alma es el propio ser de la persona, pero que no siempre se conoce, porque se requiere pensar y sentir, oír y escuchar. De ahí, que el

²⁹ *Ibíd.*, p. 100.

³⁰ J. D. JIMÉNEZ, *Los senderos olvidados de la filosofía*, Religión y Cultura, Madrid 1991.

lenguaje propuesto es metáfora de una realidad que se siente pero no se comprende aún del todo.

En *Notas de un método* se define al ser humano como “ser sumergido”, con ello Zambrano propone una metáfora parecida pero distinta a la del náufrago de Ortega. La persona es para la autora un ser con ansias de revelación y, por tanto, con necesidad de tomar conciencia de sí y pasar de la “opacidad” a la “trascendencia”. La opacidad es violenta y la trascendencia es inocente. Y la persona busca incansablemente esa trascendencia y transparencia. Para ello propone la verdad, la esperanza y el amor como potencias humanas que posibilitan el alcance de la trascendencia. Esta filosofía sapiencial de Zambrano convoca al ser humano a una vida auténtica que sitúa, como siempre hace, en la persona humana a fin de desvelarse su ser íntegro y la realización de su persona.

Finalmente, en *Los bienaventurados* trata, de nuevo, la condición humana mediante una categoría, que es la del exilio. De este modo da cuenta del carácter sagrado de la persona, que conoce el dolor y el desasimiento, y estas experiencias son mediaciones para conocer el horizonte más pleno, la dicha más completa. Dice así: “el hombre se padece a sí mismo” y por medio de este desvalimiento se desarrolla su ser verdadero que consiste en la relación con el otro, pues en el padecerse, el ser humano anhela lo infinito.

Esta condición de pasmo y asombro lleva también a una conciencia filial, que Zambrano viene recordando desde los años 40. La persona humana siente que viene de alguien, es un ser *creatural*, es criatura que anhela un paraíso y un padre que en él habita. Bajo el lenguaje del exilio y la narración sobre la guerra civil española, Zambrano expone el modo de ser y el modo de vivir la persona, que es padecer como desposesión, que es mediación filial y es también hallazgo. Por ello habla de la fe como vivencia de la persona y garantía de su felicidad bienaventurada.

Además de la persona, Zambrano plantea en estas obras, la distinción entre sabiduría y conocimiento y se pone a favor de la sabiduría, que está más cerca del sentir originario y de la revelación. Así pues, la idea de persona que la autora concibe es la de un “ser sumergido” que busca trascendencia, la de un “ser imprevisible” abierto al misterio, la de un hijo que se abre al horizonte, inmensidad, donde se manifiesta siempre su ser y conocer.